



**a pascua semanal:
aproximación al domingo
desde los padres de la iglesia**

**The weekly paschal mystery: an approach to the
sunday celebration from the perspective
of the church fathers**

*Juan Camilo Higueta Monsalve**

*La Iglesia, por una tradición apostólica,
que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo,
celebra el misterio pascual cada ocho días,
en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo.
(SC, 106)*

* Estudiante de IV semestre de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Trabajo presentado para el curso de Patrología (2013).
Correo electrónico: juanquien@hotmail.com

Artículo recibido el 8 de agosto de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.



Resumen:

La recuperación de la celebración dominical dentro de la fe cristiana es una noción esencial y no solo accesorio. Desde tiempos muy remotos el domingo determinó el ritmo de la vida del creyente, no era la celebración de un acontecimiento pasado ajeno totalmente a la vida y extraño, sino que era confesión de su fe, día del encuentro entre los hermanos, día de la esperanza última y configuración total con el Señor. Para presentar y recuperar esta experiencia a los cristianos actuales se hace necesario mirar otra vez a la experiencia más cercana al acontecimiento Jesús, y presentar desde esta experiencia original aquello que debe ser verdaderamente la celebración dominical. Por eso los Padres de la Iglesia deben ser escuchados nuevamente y se deben recibir sus aportes para el quehacer pastoral de la Iglesia contemporánea.

Palabras clave:

Domingo, Resurrección, Comunidad, Cristo, Padres de la Iglesia.

Abstract:

The revitalization of the Sunday celebration in the Christian faith is an essential, not merely, an accessory notion. Since ancient times, Sundays regulated the pace of life of the believer. It was not only the celebration of an alien and past event, but also the affirmation of faith, the day for meeting between brothers, the day of utmost hope and full alignment with the Lord. To present and retrieve this experience for today's Christians it is necessary to look again at the event which is closest to the Jesus experience, and present, from this point of view, the true Sunday celebration as it should be. The Church Fathers must be heard again and their input for the pastoral work of the contemporary Church must be accepted.

Keywords:

Sunday, Resurrection, Community, Christ, Church Fathers.



Introducción

¿Qué implica en la vida de un cristiano del siglo XXI la celebración dominical? La respuesta debería ser clara y contundente, sin titubear: Es el día del Señor. Sin embargo asistimos hoy a una desacralización del domingo, a la pérdida absoluta del sentido del más grande de los días. La experiencia que motivó a los primeros cristianos a reunirse a toda costa este día poco a poco ha desaparecido. Hoy los fieles participan por cumplir un precepto pesado que no

ayuda, la mayoría de las veces, a celebrar y a vivir la espiritualidad dominical, la vida cristiana.

La multiplicación de misas en domingo, la falta de entusiasmo y preparación de algunos presidentes de la celebración y la falta de preparación de los fieles para ese día, desemboca en la pérdida del sentido de este día. Hoy pareciera que se asistiera al ocaso del día del sol.

Sin embargo, al volver a las fuentes, la Iglesia descubre y se motiva para celebrar y vivir este día no como un día más, sino como el Gran día, como la Pascua de la semana. Hacia esto apunta esta investigación, a buscar en la experiencia de los Padres de la Iglesia la motivación primigenia que dio a la comunidad naciente la fuerza para reunirse en este día. No es fácil desarrollarlo porque no existe entre los Padres un tratado sobre el domingo, sin embargo la relación estrecha entre la Pascua, Eucaristía y domingo lleva a inferir y encontrar en sus escritos testimonios claros y seguros de lo que se pensaba acerca de este día entre los cristianos de la primera hora.

1. Del sábado judío al domingo cristiano

*“El Misterio de Cristo es la fuente
de vida de la Iglesia”*
(Casel, 1953, p. 159)

Los testimonios bíblicos del Nuevo Testamento dan cuenta de la vida conjunta que tenía en las primeras comunidades cristianas la celebración del domingo y el sábado. De hecho la participación de Pablo en las asambleas sabáticas, según los hechos de los apóstoles, para predicar el evangelio de Cristo es, en cierto modo, un testimonio firme de esta costumbre primitiva (Hch 13,14.42.44; 18,4; 20,7). “Los apóstoles y los primeros discípulos de Jesús, provenientes del judaísmo, conocían y practicaban la semana judía y antes de separarse de esta matriz conservaron sus antiguas costumbres”. (Brandolini, 1987, p. 601)

Sin embargo, nunca puede pensarse que en la Iglesia primitiva significaban la misma cosa. Esto se puede inferir por el nombre que conservó el domingo en la Escritura y en algunos textos primitivos como día primero

(Mt 28,1; Mc 16,2.9; Lc 24,1; Jn 20,1.19; I Apol 67,7¹) , día que para los judíos y romanos era un día de trabajo, mientras que para los judíos el sábado era el día del descanso absoluto.

La explicación de esta realidad, al menos por lo que respecta a las comunidades cristianas procedentes de la gentilidad, se encuentra en el hecho de que la minoría cristiana tuvo que aceptar y compartir unas estructuras sociales y civiles en las cuales el domingo era un día laboral (Abad y Garrido, 1997, p. 670).

Por eso no puede considerarse el domingo como el sábado cristiano, desde su mismo origen y significado se diferencian. Mientras para los judíos es el día del descanso de Dios como día séptimo en el que Dios termina la creación, para los cristianos, en cambio, como Día primero es el inicio de la creación de Dios en el que se da la Luz definitiva, Jesús, es el día en que todo empieza de nuevo y alcanza su plenitud absoluta en la resurrección.

La polémica inicia posteriormente con Pablo quien exhorta a las comunidades a no fijarse tanto en el día o en las fiestas como en la fe en Cristo (Col 2,16). Esta distinción tuvo que ser muy marcada, hasta el punto que la Iglesia abandonó rápidamente la celebración sabática. No fue fácil el proceso de separar la idea judía del sábado y pasar a la vida del domingo cristiano como celebración de la Resurrección del Señor. Los padres atestiguan como estas tendencias de sabbatizar el domingo era posible en algunas partes. Al respecto dice Agustín a Casulano, advirtiendo sobre aquellos que quieren que se ayune el domingo y que, en cierto modo, se tenga por más santo el sábado:

¿No parece con estas palabras pretende que se ayune también el domingo? De otro modo, será más santo el sábado, en que el Señor descansó en el sepulcro, que el domingo, en que resucitó de entre los muertos” y continúa respondiendo más adelante: “Y se antepone el domingo al sábado por la fe de la resurrección, no por la costumbre de comer en él ni por la licencia de una báquica canción”. (Epis. 36,12).

1 Aunque hay una gran cantidad de textos en los que se pueden consultar las obras originales de los Padres, como Sources Chrétien, Patrologia Graeca, Patrologia Latina, Corpus Christianorum latinorum, Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte, Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, en la presente investigación solo se hará uso de las versiones disponibles en español. Al igual conociendo que existen artículos sobre el tema en otras lenguas como La Domenica Cristiana. Novità e provocazione per la cultura postmoderna. EDB, 2003; W. Rordorf, Sabbat e Dimanche dans l'Eglise ancienne, en Revue de l'histoire des religions, Vol. 184, N°2, 1973, 227-228, solo se recurrirá a las que están disponibles en español.

En esta misma línea unos siglos antes decía san Ignacio de Antioquía:

Ahora bien, si los que se habían criado en el antiguo orden de las cosas vinieron a la novedad de esperanza, no guardando ya el sábado, sino viviendo según el domingo, día en que también amaneció nuestra vida por gracia del Señor y mérito de su muerte-misterio que algunos niegan (Mg 9,1).

Estos dos textos revelan la centralidad del domingo entre los cristianos de los primeros siglos; es el día de la resurrección, de la comunidad, es el día que enseña a vivir verdaderamente. Tuvo que ser así porque de otro modo no se hubiera abandonado la celebración del sábado, la resurrección de Cristo en domingo tuvo que ser tan cierta y tuvo que decir tanto a las comunidades que los llevó a cambiar una institución tan sagrada como el sábado.

Este problema se agudizó en el siglo IV cuando Constantino fija como ley del Imperio el descanso dominical; seguramente la interpretación llevó a ver en muchos el domingo como el reemplazo y la continuidad del sábado, sobre todo en el descanso. Incluso la justificación que usaron algunos autores cristianos para el descanso dominical fue la luz del mandamiento del sábado. Todo esto llevó a una cierta pérdida del sentido del domingo como día en que se celebraba la liturgia eucarística (Cf. Rordorf, 1991, p. 631), como día del encuentro comunitario y día de la espera del Señor.

Sin embargo, la Iglesia en el tiempo de los Padres no despreció del todo el precepto del sábado, sino que, como muchas otras instituciones judías, fue leído como figura de Jesús, porque “en Él se realiza plenamente el sentido espiritual del sábado (creación y éxodo), como subraya san Gregorio Magno: “Nosotros consideramos como verdadero sábado la persona de nuestro Redentor, nuestro Señor Jesucristo” (DD, 18). De este misterio, Jesucristo, brota todo el quehacer eclesial, en el que el hombre como nueva creatura, como creatura redimida, experimenta la nueva vida de los hijos de Dios.

2. Cristo nuestra pascua

*“Y todos los domingos somos vivificados
por el cuerpo santificado de la misma pascua
salvadora y sellados en nuestras almas por su
preciosa sangre”
Eusebio de Cesarea*

Es por tanto inseparable el domingo de la salvación ofrecida por Cristo, este día se convierte no en un simple recuerdo de lo acontecido la mañana del Primer día después del sábado, sino que tiene, como actualización del misterio del Señor, la función de ser Sacramento de la Pascua (cf. Epis 55, 23). Si Agustín eleva a la categoría de sacramento el día domingo es porque en ese día no solo se hace un simple recuerdo de Jesús, sino que se vive con él, se está con él, se hace presente verdaderamente al Señor porque:

Hay sacramento en una celebración cuando la conmemoración se hace de modo que se sobrentienda al mismo tiempo que hay un oculto significado y que ese significado debe recibirse santamente. Cuando celebramos la Pascua (por ejemplo), no nos contentamos con traer a la memoria el suceso, esto es, que Cristo murió y resucitó (Epis 55,2),

Sino que se vive el acontecimiento aquí y ahora, poder que solo tiene la liturgia y que en el domingo adquiere un sentido especial para poder entrar en la eternidad.

Este sacramento del domingo hace que el misterio pascual se haga presente en el tiempo y que el tiempo humano se transfigure en tiempo de Dios. Así, al celebrar el domingo, el cristiano entra en comunión con Cristo resucitado, y la Iglesia queda inserta en el nuevo orden de las cosas inaugurado por la resurrección del Señor (Cf. Brandolini, 1987, p.630). Pero el misterio pascual no se reduce solo a la resurrección de Cristo, sino que acoge todos los misterios de la vida de Jesús, que en sí mismos son pascuales; con razón al hablar sobre la asamblea eucarística dominical, san Justino, habla no solo de la carne y la sangre del Cristo muerto y resucitado, sino que además habla que en esta celebración los cristianos se alimentan del Verbo encarnado (Cf. I Apol 66,2-3). Siguiendo esta unidad de todo el Misterio de Cristo, se puede afirmar con Odo Casel (1953):

Todo el año Litúrgico es, conforme a lo dicho, un misterio unitario. Culmina en el misterio más alto, el *Sacramentum Paschale*, el Misterio pascual, que en cada domingo se repite de alguna manera en pequeño (...) Pero no es, a pesar de esto, una dramatización de la vida terrena de Cristo. Esto se desprende de que desde el principio se realiza siempre en su totalidad en la Misa. *El Misterio es siempre entero.* (p. 165)

Este Misterio transforma la vida del creyente y le deja, en su unión con Cristo, vivir la vida nueva. Por eso en los testimonios antiguos de la celebración del bautismo, nueva creación de los creyentes y unión mística con Cristo, se pide que sea celebrado en domingo. Ese día del sol el creyente es iluminado, regenerado y redimido (cf. I Apol 61,12-13; 65,1-66,1; 67,1-3) por Cristo sol verdadero. Pero no solo acontece en este día de la iniciación, sino que se convierte en una constante celebración, que tiene el carácter actualizador del recuerdo (avv,namimnh,kosmen) de la liturgia (cf. I Apol 67,1). Esta mención de la celebración dominical lleva a pensar en la visión antigua del año litúrgico como un círculo anual (*anni circulus*), en el que se vive ya en la eternidad y perfección (simbolizado en el círculo, según los antiguos) (Cf. Casel, 1953, p. 157) de lo divino, no es el eterno retorno griego, es la plenitud de la vida humana propuesta por el cristianismo. Plenitud alcanzada en la vida dada en el bautismo como liberación total (nuevo éxodo) y creación nueva (nuevo génesis), al unirse a la muerte y resurrección de Jesús (cf. Rm 6,4) que se celebra cada domingo, cada día del Señor “hasta que Él venga” (1 Cor 11,26).

Es por eso que:

Nosotros, en cambio, los del Nuevo Testamento celebramos nuestra pascua cada domingo, siempre nos saciamos del cuerpo del Salvador, siempre participamos de la sangre del Cordero (...) siempre celebramos las fiestas de pascua (...) y no una sola vez al año, sino siempre y todos los días. Por eso cada semana, en el día del Salvador y Señor, celebramos la fiesta de nuestra pascua, realizando los misterios del verdadero cordero, por el cual hemos sido redimidos (SP. 7).

Por tanto de domingo en domingo el cristiano se hace más consciente de su íntima vinculación con el misterio pascual de Cristo, ya no como figura, sino como realidad que lo prepara para la definitiva manifestación del Señor al final de los tiempos, que desde ya ha empezado a vivir en esta última de las edades, “la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4). Sin embargo esto no puede vivirse individualmente, todo debe ser vivido en comunidad,

pues en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia es de donde se recibe la vida nueva y la fe que salva.

3. Y la esposa dice: ven

*“Hoy, tu familia, reunida
en la escucha de tu Palabra
y en la comunión del pan único y partido,
celebra el memorial del Señor resucitado,
mientras espera el domingo sin ocaso
en el que la humanidad entera
entrará en tu descanso”* (Prefacio X dominical)

La celebración dominical siempre ha sido el día de la comunidad, nunca se ha pretendido que sea una celebración individual e intimista. Es el día en que la comunidad comparte místicamente un solo corazón, una sola alma y un solo espíritu (cf. Hch 4,32). Por ende este día funge como el día de la caridad, del compartir, del *avga,ph* cristiano. Al respecto afirma san Justino (2002):

“Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, dan lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados” (I Apol 67,6).

La comunidad reunida en domingo hace presente al Cristo total, que cuida de los miembros más débiles (cf. 1Cor 12,22) reflejo palpable del Cristo doliente, que viene al encuentro de su pueblo en los pobres y necesitados (Cf. Mt 25, 37). Este carácter caritativo de la asamblea dominical adquiere sentido solo por la unión existente entre los cristianos que se reúnen tanto del campo como de las ciudades (I Apol 67,3) para romper el pan y dar gracias, sin embargo solo puede unirse a la celebración de este día aquel que no esté en contienda con su hermano, para que no se profane el sacrificio (Did 14, 1), es decir, sin la comunión en la comunidad no hay celebración del domingo, no hay día del Señor, no se puede romper el pan. Pues la comunión es la señal de que allí se hace presente el cuerpo del Señor.

Es tan necesaria la unidad en la comunidad, que la Didascalia Apostolorum insiste en la necesidad de reunirse para no destruir o menguar el cuerpo del Señor. De todo esto debe hacerse cargo el obispo:

Cuando enseñes, ordena y persuade al pueblo a ser fiel en reunirse en la Iglesia; que no falte, sino que sea fiel a la reunión de todos, a fin de que nadie sea causa de merma para la Iglesia al no asistir, ni el cuerpo de Cristo se vea menguado en uno de sus miembros. Que nadie piense solamente en los demás, sino también en sí mismos, cuando escuche lo que ha dicho Nuestro Señor: el que no recoge conmigo, desparrama. Y puesto que sois miembros de Cristo, no os perdáis a vosotros mismos fuera de la Iglesia al no reuniros, porque tenéis a Cristo por cabeza, como Él mismo enseña y atestigua: vosotros permanecéis conmigo. No os engaños, pues, a vosotros mismos, y no privéis a nuestro Señor de sus miembros o disperséis su cuerpo. (13, 59)

Así, pues, queda clara que en la Iglesia primitiva la necesidad de reunirse no era para no caer en pecado grave (que solo fue considerado hasta el siglo VI), sino para vivir en comunidad a Cristo. De esta unidad la garantía es la Eucaristía, que celebrada entre los hermanos se convierte en el reflejo del Dios uno:

Poned, pues, todo ahínco en usar de una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo, juntamente con el colegio de los ancianos y con los diáconos, consiervos míos. De esta manera, todo cuanto hicieris, lo haréis según Dios. (Fla 4)

Con estos testimonios de los padres de la Iglesia se demuestra cómo en las comunidades primitivas la valoración del domingo es mucho más que una simple reunión, es la presencia de real y total de Cristo, la comunidad así reunida se convierte en el sacramento del Resucitado (cf. Mt 18,20). Esta realidad sacramental de la comunidad es reflejada en las mismas acciones de la comunidad que vive en sí la realidad del Señor. Tertuliano con todo su rigorismo exhorta a la comunidad cristiana a vivir este día distinto al resto, dejados los ayunos y puestos en pie se revela al mundo la alegría de la resurrección del Señor (Cf. DO. 23,2). San Agustín en esta misma línea exhorta a que en domingo se observen las mismas actitudes que en el tiempo de pascua y pentecostés, acontecimientos que según se puede leer pasan también en domingo, como pascua semanal:

Eso mismo se observa en el altar todos los domingos (lo que pasa en pascua y pentecostés)... se interrumpen los ayunos y oramos en pie: otra figura de la resurrección. Y se canta el aleluya para indicar que nuestra actividad futura será alabar a Dios, como está escrito: *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por todos los siglos te alabarán.* (Epis 55,28)

Todas estas disposiciones revelan además un rasgo más de las comunidades cristianas, son comunidades escatológicas. Ellas viven en la esperanza lo que se ha recibido ya por la fe. Las asambleas dominicales en el pensamiento patrístico viven el presente de lo que está por venir. Es muy marcado el sentido de futuro en las celebraciones litúrgicas dominicales, y los padres cuando hablan del domingo esperan ese domingo sin ocaso, el domingo eterno. Por eso a la par del Día primero, el Día del Señor y el Día del sol, los padres llamaron también al domingo el Día octavo. Sobre el Día octavo escribe Agustín:

Y ya que por ese descanso se vuelve a la vida primitiva, de la cual decaímos al pecar, ese descanso esta simbolizado en el sábado. La vida primitiva, que se devuelve a los que regresan de la peregrinación y reciben su primera estola, es figurada por el primer día de la semana, que llamamos domingo. Si te fijas en los siete días del Génesis, hallarás que el séptimo no tiene tarde, porque simboliza el descanso sin fin. La vida primitiva no fue sempiterna para el pecador; en cambio, el descanso último es sempiterno. Por eso el día octavo es la bienaventuranza sempiterna; ese descanso, que es sempiterno, desemboca en el día octavo sin anochecer; de otro modo no sería eterno. Luego el día octavo será como el primero, porque no nos quitan la vida primitiva, sino que nos la devuelven eterna. (Epis 55,17)

Luego lo que pasa este Día es que ya el hombre bautizado-resucitado llega a gustar de la eternidad de Dios. Allí reinicia la creación y la creación se transforma, pues la comunidad entra a formar parte de la eternidad de Dios, el nuevo mundo preparado por Él para su familia santa. Este sacramento del Día octavo prefigura desde ya la gloria a la que está llamado el cuerpo de Cristo. No es un evento aislado en la historia de la salvación, sino que es su meta, centro y culmen. Solo resta que en la actualización constante del Misterio de Cristo, en domingo, cada hombre tome consciencia de la grandeza a la que está llamado por pertenecer a la comunidad, para que “allí donde está la Cabeza este también el cuerpo”, como reza la oración colecta de la solemnidad de la Ascensión. Este evento hacia el que tendía toda la historia de la Antigua Alianza, hoy se convierte en la fuente para seguir adelante en el camino comunitario por eso:

Los Santos Padres, llenos de espíritu profético antes de la resurrección del Señor, conocieron ya este sacramento del día octavo (...) Mas cuando se realizó la resurrección en el cuerpo del Señor, enviándose por delante la Cabeza de la Iglesia, mientras el cuerpo de la misma espera hasta el fin, ya podía empezar a celebrar el día octavo, que es idéntico al primero, es decir el domingo. (Epis 55,23)

Con la celebración del Día octavo el tiempo se transfigura en tiempo de Dios, “historia y eternidad desde cuando Cristo se encarnó, se han unido indisolublemente” (Ravassi, 2012, p.123), y por eso al celebrar el domingo, al reunirse la asamblea dominical se puede ya estar seguro que se participa de la eternidad de Dios. Y aunque se grita ven (Ap 22,17), no es un grito desesperado, sino un canto lleno de esperanza, como de quien sabe no será defraudado. “Cuando nosotros, amados míos, nos alimentemos con estas cosas, entonces contemplaremos la solemnidad de la pascua” (Epis 4,5) y no solo contemplamos sino que participaremos ya del inicio de la pascua eterna.

4. Conclusiones

Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. (SC, 106)

La vuelta a las fuentes no constituye un anquilosamiento en el pasado, sino que es la invitación a vivir la experiencia más pura de la fe, dejando que esta sea una novedad que implique el cambio absoluto de los esquemas fríos que no dejan darle respiro a la vida. Es volver al Cristo original presente en la Escritura, la Tradición, los Sacramentos y la comunidad. Al volver la mirada a los Padres de la Iglesia no podemos más que buscar en ellos el fuego inicial que los llevó a afianzar la fe de sus comunidades y de la Iglesia entera. Dentro de las cuestiones fundamentales a recuperar que ellos enseñan está la vuelta al domingo como el día del Señor, como el día en que nos ha llegado la luz, en el que ha amanecido el Señor (cf. Mag 9,3), como la Pascua Semanal. Su voz es una invitación a la Iglesia de este tiempo a celebrar el domingo con la misma fuerza y entusiasmo con la que se celebra la Semana Santa.

La recuperación del domingo como día central de la vida cristiana, como pascua semanal pone a los cristianos a pensar en que la eternidad no está tan alejada, que Dios es cercano, que se participa de su vida y de su tiempo. Sentir como propio el Día del Señor es vivir la salvación ofrecida por Jesús. Pero no solos, sino en comunidad, que es también cuerpo de Cristo, cuerpo vivo y capaz de engendrar vida en el mundo, capaz de ser en la tierra el sacramento de Cristo. Una adecuada pastoral dominical debería hacer exclamar



en los cristianos la necesidad de cielo, de Cristo, del hermano, de la caridad.

Asistir a la Eucaristía el domingo no debería de ser obligación, sino una necesidad, de ir a ver dónde vive y estar con Él. Una vida dominical es una vida abierta a la esperanza y al sentido en clave escatológica, pues sabe que lo que se ve y vive este día es gustar y ver lo grande que es el Señor desde ya. Es sentir que ya aquí “ya aquí este misterio hace que la tierra te sea cielo” (San Juan Crisóstomo, homilía 24, 5). La comunidad que celebra el domingo confiesa abiertamente su sentido de comunión con el hermano, con su presencia activa y fraternal en la celebración de la Eucaristía y los sacramentos testimonian la victoria del Señor, su triunfo sobre el mal y por ende la victoria propia del cuerpo de Cristo.

Es por eso necesario que los creyentes recuperen la centralidad del domingo, preparándose para ese día durante la semana, bebiendo de esta fuente para su vida semanal. Haciendo de este día el inicio del descanso y la alegría eterna.

Abreviaturas:

I Apol: Primera Apología de San Justino

DD: Carta apostólica Dies domini de Juan Pablo II

DO: De oratione de Tertuliano

Epis 4: Epístola 4 de San Atanasio

Epis 55: Epístola 55 de san Agustín a Jenaro

Epis 36: Epístola 36 de san Agustín a Casulano

Fla: Carta de san Ignacio a los filadelfios

Mg: Carta de san Ignacio a los magnesios

Rm: Carta de san Pablo a los Romanos

SC: Constitución Sacrosanctum Concilium

SP: Sobre la solemnidad pascual de Eusebio de Cesarea

Bibliografía

- Abad Ibáñez, J.A y Garrido Bonaño. M. (1997). *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*. Madrid: Palabra. p. 661-688
- Brandolini, L. (1987). *Domingo*. En Nuevo diccionario de Liturgia (p. 594-613). Madrid: Paulinas
- Didaché. (2002). En Daniel Ruiz Bueno (Trad.), *Padres apostólicos y apologistas griegos* (S. II). Madrid: Biblioteca de autores cristianos. p. 82-93.
- Didascalia Apostolorum (s.f) En Alfonso López Serna, *La asamblea dominical*. Manuscrito no publicado.
- Eusebio de Cesarea. (1952). *Sobre la solemnidad del pascua*. En Jesús Solano (Comp.), *Textos eucarísticos primitivos* (p. 205-209). Madrid: Biblioteca de autores cristianos. (Vol. I).
- Juan Pablo II. (2005). *Dies Domini*. Bogotá: Paulinas. p. 109
- Odo, Casel. (1953). *El misterio del culto cristiano*. San Sebastián: Dinor. p 216
- Ravasi, Gianfranco. (2012). *Según las escrituras ciclo c*. Bogotá: San Pablo. p. 121-123
- Rordorf, W. (1991). *Domingo*. En *Diccionario de Patrística* (Vol. 1, p. 629-632). Salamanca: Sígueme
- San Agustín. (1958). *Epístola 36*. En *Obras completas de San Agustín* (Vol. 8, p.167-205). Madrid: Biblioteca de autores cristianos
- San Agustín. (1958). *Epístola 55*. En *Obras completas de San Agustín* (Vol. 8, p.319-365). Madrid: Biblioteca de autores cristianos
- San Justino. (2002). *Apología I*. En Daniel Ruiz Bueno (Trad.), *Padres apostólicos y apologistas griegos* (p.1019-1071). Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- San Ignacio de Antioquia. (2002). *Carta a los filadelfios*. En Daniel Ruiz Bueno (Trad.), *Padres apostólicos y apologistas griegos* (p.404-409). Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- San Ignacio de Antioquia. (2002). *Carta a los Magnesios*. En Daniel Ruiz Bueno (Trad.), *Padres apostólicos y apologistas griegos*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Tertuliano. (2001). *De oratione*. En Alfonso Roper (Comp.), *Lo mejor de Tertuliano* (p. 223-266). Barcelona: CLIE.

